

PRECISIONES SOBRE EL SENTIDO DE LAS CONQUISTAS DE SESOSTRIS-RAMSES EN HERODOTO Y TACITO

por Arcadio DEL CASTILLO

De entre los textos transmitidos por fuentes clásicas que relatan las conquistas de los faraones egipcios existen, en concreto, dos testimonios en los cuales se expresa una situación tan similar (en cuanto que se trata de una exposición realizada por los sacerdotes egipcios de una forma directa, bien al mismo autor o bien a un personaje de la obra del autor, y referida a los mismos escritos egipcios consultados por estos sacerdotes), que no tiene por menos que llamar la atención de cualquier lector que ponga un poco de atención: nos estamos refiriendo a los relatos que nos aportan los historiadores Heródoto y Tácito, en lo referente a ciertas de estas conquistas, efectuadas por los denominados Sesostris y Ramsés, respectivamente, las cuales, por desmesuradas en su extensión e inexactas históricamente, pueden denotar una clara intención en el momento en que fueron planteadas. Tal hecho parece apuntado en un reciente trabajo de R.R. Chenoll Alfaro¹, aunque, como veremos, su argumentación, desarrollada de un forma sumamente simple, le lleva al planteamiento del asunto en el sentido tradicional, largamente expuesto hasta la saciedad por anteriores investigadores desde que fue manifestado por M. Braun², de una xenofobia antipersa, en un tiempo de oposición nacional al dominio persa de Egipto, planteada de una manera intencionada por los mismos sacerdotes egipcios, e incluso posibilitando un cierto fenómeno paralelo de matiz antigriego o

(1) R. R. CHENOLL ALFARO, «Un aspecto de los lógoi egipcios transmitidos por Heródoto», *Baetica* IV, 1981, pp. 115-117.

(2) M. BRAUN, *History and Romance in Graeco-Oriental Literature*, Oxford, 1938, pp. 15 ss. Cf. K. LANGE, *Sesostris: Ein ägyptischer König in Mythos, Geschichte, und Kunst*, München, 1954, pp. 7 y ss.; M. MALAISE, «Sésostriis, Pharaon de légende et d'histoire», *Chronique d'Égypte* XLI, 1966, pp. 244 y ss. Ninguno de estos trabajos aparece citado por R. R. Chenoll Alfaro, lo que inclina a suponer que los desconoce por completo, lo que es grave, pero lo contrario, esto es conocerlos y no citarlos, sería aún mucho más grave. Resulta interesante, por otra parte, la apreciación de O. K. ARMAYOR, «Sesostris and Herodotus' Autopsy of Thrace, Colchis, Inland Asia Minor, and the Levant», *Harvard Studies in Classical Philology* LXXXIV, 1980, pp. 51 y ss., que apunta hacia la creación del personaje de Sesostris por parte de Heródoto en base a una inspiración mesopotámica, a la que unió determinados elementos sacados de la propia mitología griega.

antimacedónico³, lo que, a nuestro entender, dista mucho de ser una apreciación totalmente satisfactoria, puesto que olvida, cuando no desconoce, la propia situación histórica en la que se sitúan los dos historiadores clásicos y sus necesidades o intenciones a la hora de redactar su obra, hechos en los que nosotros incidiremos como la única explicación posible a la similitud de sus planteamientos.

En el relato de Heródoto se hace referencia al rey Sesostris, sobre el cual los sacerdotes egipcios le cuentan al historiador griego que en su primera campaña zarpó del golfo arábigo con varios navíos de combate y fue sometiendo a los habitantes de las costas del Mar Rojo (o Eritreo) hasta que, continuando adelante, llegó a un mar que ya no era navegable y que posteriormente, al regresar a Egipto, movilizó un numeroso ejército y se lanzó a través del continente, sometiendo a todos los pueblos que se encontraba ante su avance, atravesando el continente hasta que pasó de Asia a Europa y sometió a los escitas y a los tracios, siendo estos lugares el máximo avance del ejército egipcio, por lo que desde allí emprendió el regreso, en cuyo proceso, al llegar al río Fasis⁴, estableció una colonia con parte del mismo ejército, bien sea por decisión del mismo rey o porque algunos soldados decidieron quedarse junto a ese río; después pasa Heródoto a explicar sobre las estelas que Sesostris erigia en los diferentes países, aunque dice que muchas no se conservaban, y constatando su existencia en Siria Palestina, igualmente que dos bajorrelieves en Jonia, uno en el camino que conducía de Efeso a Focea y otro en el de Sardes a Esmirna, finalizando con la afirmación de que este rey fue el único que imperó en Etiopía:

παρμενὴ μέρους
 ὧν τούτους τοῦ ἐπὶ τούτοις γεγονένου βασιλείου, τῷ οὐνόμα
 ἦν Σέσωστρις, τούτου μῆμνη ποιήσομαι. τὸν ἔλεγον οὐ
 ἰρέες πρῶτον μὲν πλοίοισι μακροῦτι ἕρμηθέντα ἐκ τοῦ
 Ἄρσβίου κόλπου τοὺς παρὰ τὴν Ἐρυθρὴν θάλασσαν κατοι-
 κημένους καταστρέφεισθαι, ἐς ὃ πλεοντὰ μιν πρόσω ἀπικέσθαι
 ἐν θάλασσῃ οὐκέτι πλοῖα ὑπὸ βραχέων. ἐνθεῦτε δὲ
 ὡς ὀπίσω ἀπικέτο ἐς Αἴγυπτον, κατὰ τῶν ἰρέων τὴν φάτω
 στρατιῆν πολλὴν [τῶν] λαβὼν ἤλαυνε διὰ τῆς ἡπείρου, πῦν
 ἔθρος τὸ ἔμποδὼν καταστρεφόμενος.

(Herod., II, 102, 1-3)

(3) R. R. CHENOLI ALFARO, *op. cit.*, p. 117, nota 10.

(4) Referencia a la Cólquide, en la zona oriental del Mar Negro, cf. A. WIEDEMANN, *Herodotos zweites Buch mit sachlichen Erläuterungen*, Leipzig, 1890, p. 408, que dice que en la época del historiador griego existían en la Cólquide habitantes de origen egipcio, aunque como consecuencia de que habían sido deportados a esta zona por los persas.

ταῦτα δὲ ποιέων διεξήει τὴν ἡπειρον, ἐς ἃ ἐκ τῆς Ἀσίας ἐς τὴν Εὐρώπην διαβὰς τοὺς τε Σκύθας κατεστρέψατο· καὶ τοὺς Θρήκας. ἐς τούτους δὲ μοι δοκεῖ καὶ προσώτατα ἀπικέσθαι ὁ Αἰγύπτιος στρατός. ἐν μὲν γὰρ τῇ τοιούτων χῶρῃ φαίνονται σταθεῖσαι [αἱ] στήλαι, τὸ δὲ προσωτέρω ταύτων οὐκ ἔτι. ἐπιθεῦτεν δὲ ἐπιστρίψας ὀπίσω ἦγε, καὶ ἐπέετε ἐγένετο ἐπὶ Φάσι ποταμῶ, οὐκ ἔχω τὸ ἐπιθεῦτεν ἀτρεκέως εἰπεῖν εἴτε αὐτὸς ὁ βασιλεὺς Σέσωστρις ἀποδασάμενος τῆς ἑωντοῦ στρατιῆς μόριον ὅσον δὴ αὐτοῦ κατέλιπε τῆς χώρας οἰκίτορας, εἴτε τῶν τινας στρατιωτῶν τῇ πλῆτῃ αὐτοῦ ἀχθεσθέντες περὶ Φᾶσιν ποταμὸν κατέμειναν.

(Herod., II, 103)

τὰς δὲ
στήλας τὰς ἴσατα κατὰ τὰς χώρας ὁ Αἰγύπτου βασιλεὺς Σέσωστρις, αἱ μὲν πλεῖνες οὐκ ἔτι φαίνονται περιεοῦσαι, ἐν δὲ τῇ Παλαιστίνῃ Συρίῃ αὐτὸς ὤρων ἐούσας καὶ τὰ γράμματα τὰ εἰρημένα ἐνεύητα καὶ γυναικὸς αἰδοῖα. εἰπὶ δὲ καὶ περὶ Ἰωνίην δύο τύποι ἐν πέτρῃσι ἐγκεκολιμμένοι τούτου τοῦ ἀνδρός, τῇ τε ἐκ τῆς Ἐφεσίδης ἐς Φώκαιαν ἔρχονται καὶ τῇ ἐκ Σαρδίων ἐς Σμύρνην.

(Herod., II, 106, 1-2)

Βασιλεὺς μὲν δὴ οὗτος μόνος Αἰγύπτιος Αἰθιοπίας ἤρξε

(Herod., II, 110, 1)

Por lo que se refiere a Tácito, se trata de la exposición del viaje de Germánico a Egipto, en el que, tras partir de la plaza fuerte de Canopo (ciudad fundada, según el relato, por los espartanos), en donde se embarcó, navegó por el Nilo y siguió hasta la desembocadura más próxima, consagrada a Hércules; luego pasó a visitar las grandes ruinas de la antigua ciudad de Tebas y, viendo en las construcciones colosales, que denotaban su antiguo esplendor, la existencia de caracteres egipcios, pidió a uno de los ancianos sacerdotes que se los tradujese, el cual le relató que la ciudad había tenido 700.000 habitantes en edad de hacer la guerra y que con este ejército el rey Ramsés se había hecho dueño de Libia, de Etiopía, de los medos y los persas, de Bactriana, de Escitia, y que él había sometido bajo su dominio las

tierras que habitaban los sirios, los armenios y sus vecinos los capadocios, a continuación el mar de Bitinia y desde aquí hasta el de Licia:

Sed Germanicus nondum comperto profectionem eam incusari Nilo subvehebatur, orsus oppido a Canopo. Condidere id Spartani ob sepultum illic rectorem navis Canopum, qua tempestate Menelaus Graeciam repetens diversum ad mare terramque Libyam deiectus est. Inde proximum amnis os dicatum Herculi, quem indigenae ortum apud se et antiquissimum perhibent eosque, qui postea pari virtute fuerint, in cognomentum eius adscitos; mox visit veterum Thebarum magna vestigia. Et manebant structis molibus litterae Aegyptiae, priorem opulentiam complexae: iussusque e senioribus sacerdotum patrium sermonem interpretari, referebat habitasse quondam septingenta milia aetate militari atque eo cum exercitu regem Rhamsen Libya, Aethiopia Medisque et Persis et Bactriano ac Scythia potitum quasque terras Suri Armeniique et contigui Cappadoeces colunt, inde Bithynum, hinc Lycium ad mare imperio tenuisse.

(Tac., *Ann.* II, 60)

Hay que denotar, ante todo, que a nuestro parecer ambos relatos deben de ser referidos a un mismo faraón, por cuanto resulta muy conocido que los griegos especialmente tendían a denominar con el nombre de Sesostris a un personaje de tipo legendario en el que se centraban todas las grandes conquistas egipcias, y que una gran parte de la investigación moderna ha pretendido identificar, por una u otra razón, ya sea con algunos faraones de la XII dinastía, especialmente con Sesostris I y Sesostris III⁵, o con la figura del faraón Ramsés II de la XIX dinastía, el mismo al que consideran que hace referencia el texto de Tácito⁶. En este sentido hay que precisar que

(5) R. R. CHENOLL ALFARO, *op. cit.*, p. 115, nota 5, piensa que la referencia del autor griego tiene que ver con Sesostris III. Cf. igual o similar apreciación en K. SETHE, *Untersuchungen zur Geschichte und Altertumskunde Aegyptens*, vol. II, I, Leipzig, 1900, p. 24, y «Der Name Sesostris», *Zeitschrift für ägyptische Sprache und Altertumskunde* XLI, 1904, pp. 43 y ss.; H. KEES, «Sesostris», *RE* II A2, col. 1861-1876; W. W. HOW y J. WELLS, *A Commentary on Herodotus with Introduction and Appendixes*, Oxford, reimp. 1979, vol. I, p. 217; M. BRAUN, *op. cit.*, pp. 13 y ss.; G. POSENER, «A propos de la stèle de Bentresh», *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale* XXXIV, 1934, pp. 75 y ss.; A. H. GARDINER, *Egypt of the Pharaohs*, Oxford, 1961, p. 4. En cuanto a que Manetón lo sitúe en la XII dinastía, resulta ser un hecho que ha sido ampliamente criticado, cf. M. MALAISE, *op. cit.*, pp. 251-252.

(6) G. MASPERO, «Le Geste de Sésostris», *Journal des Savants*, 1901, p. 595, e *Historia antigua de los pueblos de Oriente*, Madrid, 1913, p. 251, considera que Sesostris es la transcripción alterada de un sobrenombre de Ramsés II que era utilizado por los escritores griegos en lugar de su nombre real. Cf., en general, sobre la adscripción al faraón Ramsés II, A. WIEDEMANN, *op. cit.*, p. 405; P. MONTET, «Germanicus et le vieillard de Thèbes (Tacite, *Ann.* II, 60)», *Publications de la Faculté des Lettres de Strasbourg* CVI, 1945, pp. 49 y ss. (aunque con referencia al texto de Diodoro Siculo); E. CASSIN, J. BOTTERO y J. VERCOUTTER, *Los Imperios del antiguo Oriente, II. El fin del segundo milenio*, Madrid, 1971, p. 238; Ph. E. LEGRAND, *Hérodote. Histoire, livre II*, 4.^a ed., Paris, 1963, p. 41, nota I; A. D. GODLEY, *Herodotus*, vol. I, Cambridge (Mass.)-London, 1921, p. 389, nota I; A. ARICI, *Annali di Tacito*, 2.^a ed., Torino, 1969, p. 264, nota 6; J. JACKSON,

Diodoro Sículo (I, 53, 1) sitúa a Sesostris siete dinastías con posterioridad a Meris (que se identifica con Amanemhat III, de la XII dinastía), lo que lo coloca precisamente en la XIX dinastía⁷, y Heródoto lo pone también después, aunque sin aclarar el espacio temporal; así, pues, sería un error demasiado craso por parte de Heródoto incluso poner a Sesostris III, si a este faraón se refiriese, después de su inmediato sucesor. Ahora bien, de ninguna manera se pretenda que estamos afirmando que Sesostris en la tradición griega, y en concreto en Heródoto, sea el faraón Ramsés II, tal y como ha sido planteado; muy al contrario, lo que intentamos considerar es que el mítico faraón en el que se resumen las glorias, proezas y conquistas de la mayoría de los faraones egipcios, e incluso agrandadas de forma muy clara, y que recibe por parte de Heródoto el nombre de Sesostris, se concreta para Tácito en el de Ramsés (sin que en ambos sea un personaje concreto en el sentido histórico), pero que, en definitiva, resultan ser un mismo idéntico y mitológico faraón⁸; la identificación real nos parece algo totalmente accesorio. Todo ello empuja a pensar, o al menos a sospechar, la posibilidad de que la cita que nos ha transmitido Tácito esté ampliamente inspirada en la lectura del propio Heródoto⁹, so pena que los sacerdotes egipcios mantuviesen una tradición que hubiese pasado de unos a otros a lo largo del tiempo, como parece querer R. R. Chenoll Alfaro, lo cual podría ser aceptado, pero, como veremos después, no habría sido una tradición inalterable, que hubiera sido lo natural, ya que en lo que se refiere a la extensión concreta de las conquistas resultan ser bastante más amplias en el relato transmitido por Tácito. La posibilidad de un sentimiento antipersa por parte de los egipcios resulta obvia en la época en la que Heródoto recibió la apreciación por parte de los sacerdotes, puesto que el viaje del historiador griego a Egipto (en el que visitó la zona del Delta, para pasar a Menfis y la región de El Fayum y bajar luego a Tebas y Elefantina) se supone que debió de ocurrir con posterioridad a la revuelta del 460-454 a. C., en la que los egipcios, comandados por el rey Ibaro, se rebelaron contra los persas y recibieron el apoyo de Atenas y sus aliados (Herod., III, 12, 4 y 15, 3; VII, 7; Tuc., I, 104 y 109-110; Isoc., VIII, 86; Diód., XI, 71, 3; 74; 75, 4; 77, 1-5) y con mayor probabilidad después del 449 a. C.¹⁰.

Tacitus The Annals, Books I-III, Cambridge (Mass.)-London, reimp. 1979, p. 491, nota 2; C. H. OLDFATHER, *Diodorus of Sicily*, vol. I, Cambridge (Mass.)-London, reimp. 1968, p. 185, nota 2; W. G. WADDELL, *Manetho*, Cambridge (Mass.)-London, reimp. 1980, p. 103, nota 3.

(7) Cf. W. W. HOW y J. WELLS, *op. cit.*, p. 217.

(8) En este sentido, algunos investigadores han considerado que Sesostris (con variantes en cuanto a su origen concreto) es formado en época helénica como un tipo de faraón ideal, un personaje legendario que no puede ser identificado con ningún soberano en particular, cf., por ejemplo, A. WIEDEMANN, *op. cit.*, p. 404; G. MASPERO, «Le Geste...», pp. 682-683; E. MEYER, *Geschichte des Altertums*, vol. 1, 2, 5ª ed., Stuttgart und Berlin, 1926, p. 281.

(9) No sería la única cita de Tácito tomada de Heródoto, ya que existen otros varios ejemplos claramente conocidos, cf. E. SLIJPER, «De Tacito, graecos auctores, Herodotum in primis, imitante», *Mnemosyne* LVII, 1929, pp. 106 y ss.

(10) Cf. sobre la fecha del viaje, C. SOURDILLE, *La durée et l'étendue du voyage*

teniendo en cuenta que en el momento en que llegó Heródoto los persas parece que estaban en posesión de Egipto y en una total paz (Herod., II, 30, 3; III, 91, 3), lo que implica que el yugo persa se encontraba sobre los hombros de los egipcios.

Semejante actitud, por otra parte, era algo que podía ser utilizado con inteligencia por un historiador griego como un elemento de exaltación contra Persia¹¹, como uno de los muchos anticipos con los que Heródoto ilumina el sentido de lo que va a venir, esto es la derrota de los persas y la victoria de los griegos¹². En este sentido, es claro que esta iluminación se produce denotando cómo los egipcios, en otro tiempo, habían realizado hazañas superiores a los persas y, sin embargo, habían sido después derrotados por ellos. No hay que olvidar que Heródoto se propone escribir fundamentalmente la descripción de las Guerras Médicas, que es el centro de la narración, y en vista de este centro, organiza todo lo demás¹³. La redacción final de la obra puede que la realizase Heródoto hacia el 444-443 a. C., en Turios, una colonia panhelénica fundada por influencia de Pericles en la Italia meridional y de la que el historiador griego parece que pasó a ser ciudadano¹⁴, uniendo y componiendo en una obra total una serie de diversos *lógoi* y siendo posiblemente el esqueleto fundamental unas *Persiká*¹⁵. Visto de esta manera, resulta cuando menos factible pensar que

d'Hérodote en Egypte, Paris, 1910, pp. 1 y ss.; F. JACOBY, «Herodotos», *RE Suppl.* II, col. 267; W. W. HOW y J. WELLS, *op. cit.*, pp. 5 y 411; J. L. MYRES, *Herodotus, Father of History*, Oxford, 1953, p. 8; F. R. ADRADOS, «Introducción a Heródoto», *Estudios Clásicos* VI, 1961, p. 8. Es interesante destacar que O. K. ARMAYOR, «Did Herodotus ever go to Egypt?», *Journal of the American Research Center in Egypt* XV, 1980, pp. 59 y ss., se inclina por plantear como algo dudoso el que Heródoto viajase a Egipto. En cambio, J. SCHWARTZ, «Hérodote et l'Égypte», *Revue Archéologique* XXXVII, 1951, pp. 143 y ss., considera, en base a las distancias dadas, que algunos lugares como Tebas y Elefantina no fueron visitados por el historiador griego, y T. S. BROWN, «Herodotus speculates about Egypt», *American Journal of Philology* LXXXVI, 1965, pp. 60 y ss., únicamente pone en duda su total conocimiento de los lugares debido a la brevedad de su estancia y al desconocimiento de la lengua, por lo que debió de seguir, a menudo, escritos anteriores, sobre todo de Hecateo.

(11) Aunque ello no posibilita necesariamente un sentimiento antipersa por parte de Heródoto, pese a que no se puede olvidar que nació súbdito persa en la ciudad de Halicarnaso y que se exilia por haber participado en la sublevación contra el tirano Ligdamis, príncipe cario, a quien los persas habían confiado el gobierno de la ciudad, cf. W. W. HOW y J. WELLS, *op. cit.*, p. 3; F. R. ADRADOS, «Introducción a Heródoto», p. 7, e *Introducción*, en C. SCHRADER, *Heródoto. Historia, libros I-II*, Madrid, 1977, p. 16; D. ROUSSEL, *Los historiadores griegos*, Buenos Aires, 1975, p. 25.

(12) Sobre los anticipos, cf. F. R. ADRADOS, *Introducción*, p. 50.

(13) Así lo mantienen M. POHLENZ, *Herodot, der erste Geschichtschreiber des Abendlandes*, Leipzig, 1937; H. F. BORNITZ, *Herodot-Studien*, Berlin, 1968; G. GOTTLIEB, *Das Verhältnis der Ausserherodoteischen Ueberlieferung zu Herodot*, Bonn, 1963. Cf. F. R. ADRADOS, «Introducción a Heródoto», p. 10, e *Introducción*, p. 35; D. ROUSSEL, *op. cit.*, p. 28.

(14) El mismo Heródoto se llama «ciudadano de Turios», según nos informa Aristóteles (*Rh.* 1409^a, 28). Cf. J. L. MYRES, *op. cit.*, p. 3.

(15) G. DE SANCTIS, «La composizione della storia di Erodoto», *Rivista di Filologia e di Istruzione Classica* LIV, 1926, pp. 289 y ss. Cf. K. LATTE, «Die Anfänge der griechischen Geschichtschreibung», *Histoire et historiens dans l'Antiquité* (Entretiens sur l'Antiquité

Tácito recurra al mismo elemento para mostrar un igual sentimiento de exaltación romana contra los partos¹⁶, como un claro anticipo de la victoria de los romanos (aunque aquí el hecho no es el tema central y solamente se concreta, pero sí inmediatamente en *Ann.* II, 61, y un poco después en *Ann.* IV, 4) contra semejante enemigo, que se precisa en la campaña contra los partos llevada a cabo por el emperador Trajano, cuya muerte pudo evitar unas expectativas de largo alcance que, en opinión de algunos, el emperador pretendía¹⁷; todo ello teniendo en cuenta que el libro II de los Anales pudo ser escrito hacia los años 116-117 d. C.¹⁸, esto es, algo después del momento en el que, tras la dominación de Armenia, el ejército romano dirigido por Trajano realizó una marcha paralela en dos fuerzas a lo largo de los dos ríos que conforman Mesopotamia, el Eufrates y el Tigris, uniéndose, finalmente, para posibilitar un ataque conjunto sobre la capital invernal del reino parto, Ctesifonte, la cual acabó por ser conquistada¹⁹. Las razones resultan idénticas, aunque hay que denotar que mientras que Heródoto plantea unas conquistas del faraón egipcio, falsas, desde luego, pero no demasiado agrandadas²⁰, en comparación con el historiador latino, y especialmente poniendo el énfasis en la zona donde los persas fueron derrotados, esto es la Escitia, por la sencilla razón de que lo pretendido por los griegos era menor y además para el historiador griego aún era impensable la posterior conquista de Alejandro Magno; muy al contrario, Tácito, cuyo país pretendía mucho más y que, asimismo, dispone de la

Classique, IV. Fondation Hardt), Vandocuvres-Genève, 1958, pp. 12 y ss.; F. R. ADRADOS, «Introducción a Heródoto», pp. 13 y 23, *Introducción*, p. 36; *Ilustración y política en la Grecia Clásica*, Madrid, 1966, p. 319. Hay que denotar que W. W. HOW y J. WELLS, *op. cit.*, p. 15, consideran una redacción de los libros VII-IX antes del 445 a. C., que el último en ser escrito sería precisamente el libro II, y que hizo una revisión en Atenas durante los primeros años de la Guerra del Peloponeso. En cambio, S. MAZZARINO, *Il pensiero storico classico*, Bari, 1966, vol. I, p. 582, nota 167, piensa en una redacción unitaria.

(16) Los Arsácidas (la dinastía real de los partos) eran políticamente los herederos de los Aqueménidas, de los que se consideraban descendientes, cf. W. W. TARN, «Parthia», *The Cambridge Ancient History*, IX, Cambridge, reimp. 1977, p. 576.

(17) Cf. A. DEL CASTILLO, «El Imperio Romano durante las dinastías Flavia y Antonina (69-192 d. de C.)», *Manual de Historia Universal*, IV, Roma, Madrid, 1983, p. 246.

(18) Según ponen de manifiesto J. M. ANDRE y A. HUS, *La Historia en Roma*, Buenos Aires, 1975, p. 136. Cf. R. SYME, *Tacitus*, Oxford, 1958, pp. 470 y ss. y 769-770. En contra, E. PARATORE, *Tacito*, Milano-Varese, 1951, pp. 621-623. Cf. S. MAZZARINO, *op. cit.*, vol. II, 2, p. 63.

(19) Cf., por ejemplo, A. GARZETTI, *From Tiberius to the Antonines. A History of the Roman Empire A.D. 14-192*, London, 1974, p. 369.

(20) No parece desprenderse del relato de Heródoto una amplitud de las conquistas tan desmesurada como para suponerlas mayores que el Imperio de Dario, tal como considera O. K. ARMAYOR, «Sesostris and Herodotus'Autopsy...», p. 59, ya que en primer lugar sus conquistas se efectúan en la costa meridional asiática y posteriormente sometió a los pueblos que se encontró en su avance hacia la zona europea. En cualquier caso, la existencia de un cierto paralelismo entre las conquistas plasmadas por Heródoto para el faraón egipcio y las de Dario, así como su influencia en la creación de la leyenda sobre el egipcio, es puesta de manifiesto por R. R. CHENOLL ALFARO, *op. cit.*, p. 116, aunque olvida hacer referencia a G. POSENER, *op. cit.*, pp. 78 y ss., que lo había expresado con anterioridad.

referencia de la conquista del macedonio y sobre todo los escritos de otros autores, especialmente Estrabón (XVI, 4, 4) y Diodoro Sículo (I, 53-55), que habían ya ampliado las conquistas expuestas anteriormente por Heródoto²¹, extiende la conquista egipcia hasta unos límites que coinciden más con lo conseguido por los romanos y con las expectativas a su alcance²², manteniendo también la Escitia como elemento todavía ejemplificador, y todo ello realizado por un país que, habiendo sido sometido por los persas, era ahora parte del mundo romano, lo que tiene un mayor sentido de respuesta humillante para los ahora sucesores de los persas, que ya no dominaban Egipto y que, según el texto, también habían sido dominados una vez por los egipcios, lo que no había ocurrido respecto de los romanos.

Por lo demás, nuestra apreciación del sentido de las conquistas del faraón Ramsés en Tácito como un anticipo de la victoria de Trajano viene a apoyar en concreto y de forma amplia la idea de una composición del libro II de los Anales hacia 116-117 d. C. y antes de la subida al trono por parte de Adriano, que devuelve al Imperio a los límites anteriores a las conquistas de Trajano (Eutr., VIII, 3; Agust., *De Civ. Dei* V, 29), puesto que la descripción de las conquistas egipcias en la forma apuntada tiene su total sentido precisamente en el enfrentamiento con los partos y, en concreto, con la realización de las conquistas de Trajano. Por otra parte, la aparente contradicción que parece observarse en la referencia a la *vis Parthorum*, en el sentido explicado por A. Arici de que «è ancora considerata da Tacito grandissima: il che non sarebbe più vero dopo le maggiori conquiste di Traiano»²³, no puede, sin embargo, hacer olvidar que Tácito únicamente hace referencia a unos tributos que no desmerecían los recibidos por el poder de los partos, y no vemos por qué estos tributos habían de desmerecer tras las conquistas de Trajano, puesto que aún debían de ser cuantiosos, teniendo en cuenta que una parte importante del Imperio de los partos, que alcanzaba hasta la India y extendía su influencia sobre los reinos indo-escitios²⁴ seguía todavía intacta. E, igualmente, la opinión del mismo autor²⁵ de que Tácito al continuar su obra bajo el emperador

(21) Cf., en general, sobre esta ampliación posterior, M. MALAISE, *op. cit.*, pp. 249 y ss. Sobre los puntos de contacto entre Sesostri y Alejandro Magno, cf. K. LANGE, *op. cit.*, pp. 24 y ss.

(22) Hay una cierta arrogancia, con probable referencia a las conquistas de Trajano, en la frase del historiador latino en *Ann.* II, 61, referente a que Roma había extendido sus fronteras hasta el denominado Mar Rojo: *Exim ventum Elephantinen ac Suenen, claustra olim Romani imperii, quod nunc rubrum ad mare patescit*. Ello tiene que ver con el sentido expresado por la mayoría de los investigadores de que la expresión *Mare Rubrum* se identifica con el *sinus Persicus*, cf. J. M. ANDRE y A. HUS, *op. cit.*, p. 136; R. SYME, *op. cit.*, pp. 769-770; E. PARATORE, *op. cit.*, pp. 622 y ss. En contra se define S. MAZZARINO, *op. cit.*, vol. II, I, p. p. 456. En cualquier caso, las tesis existentes sobre el particular quedan plasmadas en el trabajo de J. BEAUJEU, «Le Mare Rubrum de Tacite et le problème de la chronologie des Annales», *Revue des Etudes Latines*, XXXVIII, 1960, esp., pp. 210 y ss. Lo normal es que se trate del mar existente antes de la entrada al golfo pérsico, por tanto, una parte del Océano Índico.

(23) A. ARICI, *op. cit.*, p. 32.

(24) Cf., en general, W. W. FARN, *op. cit.*, pp. 574 y ss.

(25) A. ARICI, *op. cit.*, p. 32.

Adriano, lo que no es totalmente seguro, debía de haber corregido la frontera, que había mermado, no nos parece definitiva, ya que existen múltiples razones y gran cantidad de ejemplos literarios con contradicciones en parecido sentido, especialmente si la obra se para en un momento y se continúa después.

En definitiva, pues, un sentido antipersa de los egipcios, o al menos así hay que suponerlo, aunque posiblemente circunstancial, debido a la vergüenza de una sumisión, es utilizado de manera muy clara y con notable habilidad por dos historiadores clásicos en dos momentos concretos y como antecedentes para explicar enfrentamientos decisivos con la potencia persa que terminan con victorias de griegos y de romanos, respectivamente: por parte de los griegos durante las Guerras Médicas y por los romanos durante la ofensiva del emperador Trajano. No creo que exista una explicación que implique una mayor coherencia que la que denotan las propias situaciones que se desprenden del tiempo en el que ambos historiadores escribieron y que curiosamente coinciden con sendos momentos de enfrentamientos guerreros, victoriosos, contra persas aqueménidas y contra partos. No se puede pensar únicamente en un relato de denotación de un sentimiento antipersa por parte de los egipcios, expresado por boca de los sacerdotes, sino en un uso expreso y para fines concretos por parte de Heródoto y de Tácito, en situaciones determinadas y visiblemente coincidentes.